

Enrique Arberas Mendíbil

¿MONTAÑEROS?

EL día 1 de enero de 2008, hacia el mediodía, en la base del cantil del Pico Iturrigorri, una de las cimas más emblemáticas de la Sierra Sálvada, desde muchos lugares de su vertiente cantábrica se comenzó a ver un intenso humo que hacía palidecer la esbelta mole de roca caliza que da nombre a la citada cima. Las gentes del valle, a la salida de misa, comentaban en pequeños corros el suceso y no dejaban de mirar por el rabillo del ojo a "La Peña", nombre con la que sus habitantes identifican la Sierra Sálvada.

■ Inicio del fuego, a pies del cantil rocoso del Pico Iturrigorri. Mañana del 1 de enero

Su herencia pastoril, afortunadamente aún viva en muchas de estas gentes rurales, les hacía recordar tiempos pasados, donde era habitual que los pastores diesen fuego a la sierra, tanto en el altiplano como en las laderas de la vertiente norte. Sin embargo, la localización del origen del fuego y la erradicación hace años de estas prácticas incendiarias, presagiaban que la causa de este desaguisado tenía que ver seguramente con alguna irresponsabilidad cometida por algún visitante de la montaña.

Los temores se confirmaron con posterioridad, no había lugar a dudas. Nosotros, los montañeros, habíamos sido los responsables (un cohete lanzado desde la cima del Pico Iturrigorri con motivo de la entrada del nuevo año). Nunca pude imaginar que personas montañeras fuesen las causantes del origen de un incendio en nuestros queridos montes. Hoy, todavía, deseo creer que sólo fue un desgraciado accidente. Por fortuna, las consecuencias ambientales no resultaron ser especialmente graves y todo hace indicar que la superficie de monte bajo abrasada se recuperará.



Enrique Arberas, amurriarra, aunque desde el 2001 vive en Agiñaga, pequeño pueblo ubicado a pies del Pico Iturrigorri (Sierra Sálvada) y del que es su actual regidor-presidente. Miembro del MENDIKO LAGUNAK

M.T. Licenciado en Biología.



Probablemente este suceso no deja de ser una anécdota; lo que ocurre es que cada vez es más habitual oír o ver hechos lamentables que están sucediendo en las montañas y que, de algún modo, están relacionados con la práctica montañera. Últimamente, comienza a ser más habitual, encontrarte con actos vandálicos cometidos en los refugios de montaña o en los buzones de las cimas, escuchar noticias de robos o de conflictos entre ganaderos o habitantes del medio rural y montañeros... Casualmente, seis días después del incendio, la Sociedad Landazuri, en su habitual sección *Nuestro patrimonio* del periódico "El Correo", denunciaba la desaparición de la imagen de Nuestra Señora de las Nieves de Egiriñao, de Gorbeia, y reflexionaba sobre este tema con frases como éstas: "Todavía no nos lo podemos creer. Nuestro amor a la montaña y a nuestra Virgen de las Nieves, no nos deja admitir que pueda haber seres humanos capaces de golpear y herir nuestros sentimientos, hurtando la

imagen de la Virgen Blanca de la gruta-hermita de Egiriñao, en las faldas de nuestro emblemático Gorbeia" o "una mala persona, o un grupo de los que al parecer andan últimamente hasta por las montañas, ... no tienen que cambiar a los que crearon este amor en la montaña".

Estas situaciones, ¿se pueden considerar simples coincidencias? o, como cuestiona la Sociedad Landazuri, ¿son actuaciones llevadas a cabo por personas ajenas a la afición montañera? Y yo me pregunto además, ¿tienen algún tipo de responsabilidad los grupos de montaña que, en la mayoría de los casos, únicamente fomentan las actividades meramente deportivas?, o como está sucediendo en otros ámbitos de nuestras vidas, ¿también se están perdiendo valores entre los que disfrutamos de la montaña?

En lo que a la práctica montañera nos atañe, en los últimos tiempos la montaña está comenzando a convertirse con demasiada frecuencia en:



FOTOS JAVIER ASPURU

■ Intensa humareda que asciende hasta el altiplano del Pico Iurrigorri. Mañana del 1 de enero



- una **pasarela de moda** donde los montañeros nos exhibimos con las últimas novedades en ropa, calzado o complementos de montaña. Precisamente, una de las causas por las que la actividad montañera triunfó rápidamente en Euskal Herria, a diferencia de otros deportes, fue porque no se necesitaba una inversión importante. "... Eran suficientes unas alpargatas o unas abarcas, todo lo más unas botas para el que tuviera recursos"¹. Esto no quiere decir que al monte se deba ir de cualquier modo. Precisamente, cualquier actividad que se practique en la montaña, desde un simple paseo a una gran travesía, exige grandes dosis de sensatez, adecuada preparación física y, por supuesto, material de montaña adecuado a cada tipo de disciplina montañera.
- un espacio para la **concentración de masas** de aficionados a través de la celebración de diferentes fiestas o acontecimientos (algunas de lo más variopintas y curiosas) y la organización de marchas de montaña. Promover la generación de afluencias masivas de montañeros que se concentran en determinadas cimas o sierras no parece que sea la mejor forma de que uno mejore el disfrute personal. Además, no deberíamos olvidar que la montaña, como lugar vivo donde las rocas y el suelo se relacionan con las plantas, los animales y las personas que viven o disfrutan de dicho medio, tiene una limitada capacidad de carga biológica y cultural. En cualquier caso, no se puede olvidar el papel socializador que desde sus inicios viene cumpliendo el montañismo y que tan bien han sabido organizar los clubes de montaña, con la puesta en marcha de infinidad de salidas.
- un **lugar dedicado a la competición**, lo que puede implicar que en un futuro no muy lejano salgamos al monte con el correspondiente dorsal. Cada vez es más usual cruzarse con personas en el monte cuya única obsesión es la cima y los tiempos invertidos, que no les importan los valores naturales y culturales que le rodean. Está claro que las actuales disciplinas de competición en la montaña son fruto de la propia evolución del

montañismo, pero habrá que estar muy atentos para que estas modalidades deportivas no sean sinónimo de degradación del monte. Lo que no me parece tan evidente es que se potencie, sobre todo, el aspecto meramente deportivo. De hecho, si preguntásemos a los excelentes deportistas montañeros que ha dado Euskal Herria por el motivo principal que les llevó a realizar dichas prácticas, responderían que fueron el acercamiento a la naturaleza, el deseo de conocer y aprender, el desarrollo personal, la puesta en práctica de valores como el compañerismo o la solidaridad, la superación de dificultades, el afán de vivir nuevas experiencias, el acercamiento a nuestra cultura y a otras...

- un **territorio ninguneado** y desconocido para la sociedad urbana, en la que nos incluimos la mayoría de los montañeros que no comprendemos la realidad ambiental, cultural y social que se da en el mundo rural. Jaime Izquierdo² afirma que "*muchos conservacionistas que se mueven por sus aficiones deportivas por el montañismo ..., y su percepción estética y estática de los paisajes de montaña, consideran que es obra de Dios y de la naturaleza y en ningún momento de la cultura local*". Se nos ha olvidado muy pronto que antaño, la práctica del montañismo siempre había propiciado una estrecha relación entre los visitantes y los pastores, de ovejas fundamentalmente. Y una última consideración, la montaña no es de todos y todas, sino de disfrute para todos y todas. El monte es propiedad de los ayuntamientos, de las juntas administrativas, y en muchos casos, de personas con nombres y apellidos, cuestión que parece que no quieren saber, o han olvidado, los que realizan ciertas prácticas montañeras y que está provocando numerosas tensiones entre las gentes del mundo rural y los montañeros.

¹ Del libro "El sportman Antxon Bandrés Azkue 1874-1966 Fundador del montañismo vasco". A. Bandrés Zaragüeta. Colección Bizkaiko Gaiak-Temas Vizcainos. BBK. Bilbao 2007.

² Jaime Izquierdo es coautor del libro "Marqueses, funcionarios, políticos y pastores. Crónica de un siglo de desencuentros entre la naturaleza y cultura en los Picos de Europa". Ediciones Nobel. Oviedo 2006. Sobre naturaleza y cultura pastoril en los Picos de Europa, que narra como las instituciones que han gestionado el Parque Nacional, han ignorado históricamente a los pastores que con sus usos tradicionales precisamente, moldearon la naturaleza que se pretende conservar.



■ Dimensiones del fuego visto desde el Pantano Maroño. Noche del 1 de enero

FOTO RITXAR AGUIRRE



■ Superficie quemada observada desde el pueblo de Agiñaga. Mañana del 2 de enero

FOTO ENRIQUE ABERRAS

Los montes no sólo se nutren de sus cimas, sus paredes rocosas o de sus espléndidas vistas, sino de los diferentes hábitats o ecosistemas que dan cobijo a gran variedad de seres vivos y de los variados recursos, como por ejemplo, pastos o arbolado, que desde tiempos inmemoriales aprovechan las personas que habitan en ella y que llevan modelando ese paisaje del que tanto disfrutamos los montañeros.

En las montañas, como en nuestros pueblos o ciudades, no se puede hacer lo que nos apetece, porque la naturaleza y el mundo rural también se rigen por normas. Las de la primera, lógicamente, no están escritas y únicamente se pueden ir conociendo y adquiriendo a través del acercamiento respetuoso hacia los espacios de montaña. Y las de la segunda, se forjaron

desde mucho antes que existiera la cultura urbana y transmitidas de generación en generación, primero oralmente y más tarde plasmadas en un papel, que solamente por su antigüedad, bien merecen ser respetadas. Por eso, ante el incremento de atropellos y faltas de consideración hacia la montaña, los que llevamos muchos años en esto de la naturaleza, hemos pasado de ser meros observadores a defensores, precisamente todo lo contrario a lo que sucede en la actualidad.

En este texto sólo he pretendido plasmar una reflexión crítica que sirva para que desde todos los grupos de montaña se aborde el debate o, al menos, se piense un poco más en los objetivos de las actividades montaÑeras. De lo contrario, quizás en un futuro próximo se pongan barreras al monte

o, como mínimo, normas dictadas desde un sillón que seguramente no contentarán a nadie, como por ejemplo, las que ya afectan a la recogida de las setas (todo el mundo, Administración, Ayuntamientos, sociedades micológicas... está de acuerdo en que se debe gestionar dicha afición).

Somos muchos y tenemos muchas ideas, y seguro que también alternativas para reconducir esta nueva situación de indefensión de la montaña ante el progresivo incremento de faltas de respeto por parte de los montañeros, fruto en la mayoría de las ocasiones de la completa ignorancia. Nos queda la fuerza de la educación, el respeto y la puesta en práctica de los valores que la familia montañera ha venido forjando y demostrando desde siempre. Y lo que es más importante, no podemos olvidar que esta nueva tarea no la vamos a empezar de cero. Existen buenos mimbres, convencimientos muy fuertes y multitud de ejemplos, como el de la Sección de Medio Ambiente de la Federación Alavesa de Montaña o la Sección de Ecología de Mendiko Lagunak, o las personas que desde los clubes de montaña están luchando en contra de las canteras o parques eólicos. Estos grupos demuestran que siempre han tenido como referente el componente ambiental y cultural de la montaña, variables que mucho me temo se están perdiendo.

Quizás la solución sea más simple de lo que parece. Acaso consista en seguir acercándonos al monte, como siempre lo hemos hecho, con humildad, con amor y respeto por la naturaleza, con insaciable curiosidad por lo que se ve y nos rodea y, por supuesto, con la mochila. Estos son los verdaderos ingredientes y el material básico del montañero para poder disfrutar verdaderamente de la montaña. □